

Prefacio

Cuando un libro ha vendido más de veinte millones de ejemplares, el respeto debido a la opinión de los lectores crea la obligación de explicar por qué alguien querría poner en tela de juicio su mensaje principal. Espero hacerlo, brevemente, en estas primeras páginas iniciales. No obstante, la verdadera respuesta se encontrará en la fábula que se narra luego.

Este libro se escribió —y está pensado para leerse— independientemente de *¿Quién se ha llevado mi queso?* No obstante, no es una sorpresa que me hayan preguntado si su objetivo era refutarlo, o ampliarlo. Para expresarlo de otra manera: ¿estoy diciendo que el mensaje de *¿Quién se ha llevado mi queso?* es incorrecto o solo incompleto? La respuesta es ambas cosas.

Para aquellos a los que les cuesta mucho enfrentarse a los grandes cambios (o incluso a los pequeños) de la vida, *¿Quién se ha llevado mi queso?* es una lectura inexcusable. Es un recordatorio útil de que necesitamos aceptar que hay cambios, que estos cambios pueden estar fuera de nuestro control, y que necesitamos encontrar la fuerza necesaria para seguir adelante y adaptarnos. Este mensaje no es ni incorrecto ni trivial. Pero sí que está incompleto. Incluso cuando adaptar-

nos parece ser la única opción viable, deberíamos hacer algo más que aceptar ciegamente el cambio y adaptarnos a él con entusiasmo. Deberíamos esforzarnos por comprender por qué nos ha sido impuesto, cómo podríamos ejercer un mayor control sobre nuestra vida en el futuro, plantearnos si los objetivos que perseguimos son los acertados, y qué sería necesario para escapar de la clase de laberintos en los cuales siempre estamos sujetos a los designios de otros. En otras palabras, una adaptación efectiva no es suficiente para el éxito ni para la felicidad.

Luego están aquellos aspectos en los que el mensaje de *¿Quién se ha llevado mi queso?* no sólo es incompleto, sino hasta peligroso. Tal vez deberíamos pensarlo dos veces antes de decirle a otros que sería aconsejable que aceptaran, de inmediato, sus limitaciones. Tal vez no deberíamos aconsejar a los innovadores, a quienes tienen que solucionar problemas, a los emprendedores y a los líderes que, en lugar de malgastar el tiempo preguntándose por qué las cosas son como son, acepten su mundo tal como es. Tal vez deberíamos dejar de decirles a los demás que son simplemente unos ratones que van tras el queso en laberintos ajenos. Sé que no son estos los mensajes que *¿Quién se ha llevado mi queso?* tenía intención de difundir, pero para muchos lectores esto es lo que con gran vigor transmite.

Este libro quiere ayudar a los lectores a poner en tela de juicio sus suposiciones sobre las limitaciones a las que de verdad se enfrentan y alentarlos a dar los pa-

sos necesarios para cambiar no sólo su conducta, sino sus circunstancias. Ante una serie de precedentes aceptados, sólidas normas sociales, escasez de recursos y ante las poderosas expectativas de otros, podemos llegar a subestimar nuestra capacidad para controlar nuestro propio destino, remodelar nuestro entorno y superar las limitaciones a que nos enfrentamos. El éxito en ámbitos como el desarrollo de nuestra profesión, la innovación, el espíritu emprendedor, la creatividad, la solución de problemas y el crecimiento profesional —y también el crecimiento personal— depende, con frecuencia, exactamente de eso: de la capacidad para poner en tela de juicio los supuestos, remoldear el entorno y actuar según un conjunto diferente de reglas: las propias de cada uno.

Al igual que *¿Quién se ha llevado mi queso?*, este libro cuenta la historia de unos ratones que viven en un laberinto. En este caso, los personajes principales son tres ratones singulares y aventureros: Max, Zed y Big. Mientras observamos cómo transcurren y se entrecruzan sus vidas, descubrimos que en lugar de limitarnos a reaccionar ante el cambio e ir en busca del queso, todos tenemos la capacidad de escapar del laberinto o, incluso, reconfigurarlo a nuestro gusto. Podemos crear las nuevas circunstancias y realidades que queramos, pero primero debemos descartar la idea, a menudo profundamente arraigada, de que no somos más que ratones en laberintos ajenos. Como explica Zed: «Mira, Max, el problema no es que el ratón esté en el laberinto, sino que el laberinto está en el ratón».

Este libro está pensado para personas y organizaciones que se sienten atrapadas en sus actuales circunstancias; para quienes están trabajando duro y quizás incluso alcanzando el éxito en su vida y en su trabajo, pero a quienes les cuesta encontrar sentido o gratificación en lo que hacen; para los que están jugando (quizá muy bien) a un juego que no han elegido; para aquellos cuya idea del éxito no depende simplemente de cambiar las viejas maneras de hacer las cosas, sino de reimaginarlas; y para los que buscan inspiración para decidir qué pueden y deben hacer con el resto de su vida. (Y si no estáis seguros de encajar en una de estas descripciones, simplemente leed el libro. ¡Es corto!).

Max, Zed y Big ya llevan conmigo mucho tiempo. Sin embargo, cada vez que vuelvo a repasar sus aventuras, me siento inspirado de nuevo. Confío en que también vosotros os inspiraréis. Y por encima de todo, confío en que leer este libro os haga sonreír, y que os preguntéis por qué, exactamente, estáis sonriendo.

**YO ME HE LLEVADO
TU QUESO**

La Biblia del Queso

Dijeron que era una revolución. La lección —la revelación— se había difundido por todo el laberinto. Apenas quedaba algún ratón que no hubiera oído lo que la Biblia del Queso contenía.

La revelación era profunda. Lo más importante era que no se apoyaba demasiado en la capacidad para razonar de cada uno. Y cualquier ratón te dirá que este atributo es el sello de todas las grandes verdades. Así pues, fue aceptada como la verdad más grande y, ciertamente, la más importante. Y era todo muy sencillo.

El libro lo dejaba claro: las cosas cambian. Puedes quedarte ahí sentado y quejarte, o puedes cambiar con los tiempos. No temas al cambio. Acéptalo. No está en tus manos controlar lo que pasa en el laberinto. Lo que sí puedes controlar es tu reacción.

Con todo, el hecho de que todos los ratones hayan llegado a comprender esta información, no significaba que todos fueran capa-

ces de llevarla a la práctica. Algunos lo lograron totalmente. Aprendieron que el cambio es inevitable e incontrolable. Aceptaron que eran impotentes para controlar el funcionamiento del laberinto —era el destino, dijeron—, y prometieron adaptarse.

Otros muchos lo consiguieron en menor grado. Seguían teniendo momentos de temor, inmovilidad, depresión y desesperación. Pero esos momentos eran menos frecuentes que en el pasado. Estos ratones mejoraron su suerte en el laberinto de forma considerable.

Por supuesto, también había ratones que raramente pensaban sobre lo que la Biblia del Queso les enseñaba. Estaban de acuerdo con ella, en principio, pero no tenían el tiempo ni la energía para cambiar su manera de actuar. La verdad es que es difícil abandonar una costumbre. Ya lo harían más adelante, quizá la semana que viene, a lo mejor el año entrante.

En conjunto, la vida en el laberinto era ahora muy diferente. En el pasado, cuando el queso cambiaba de un sitio a otro, todos los ratones se desesperaban. No podían comprender qué pasaba. Maldecían su suerte. Se quedaban sentados, esperando, en el antiguo rincón del queso, y rezaban para que volviera. Se agitaban y se ponían de mal humor. Se

enfadaban y hacían que una vida ya difícil fuera todavía peor.

Ah, pero después de leer la Biblia del Queso, los ratones reaccionaban de manera diferente. La desaparición del queso seguía siendo traumática y era imposible comprender por qué se había ido. Pero ahora empezaron a ir en busca de nuevos depósitos de queso. Los que habían adoptado plenamente la filosofía de la Biblia del Queso fueron los primeros en ponerse en marcha, en busca del queso nuevo.

Los que tenían problemas con la filosofía, los que encontraban difícil abandonar las viejas costumbres, actuaban más lentamente. Pero también ellos comprendieron que tenían que cambiar con unos tiempos en constante cambio. También ellos, finalmente, fueron a buscar más queso.

Aprendiendo a cambiar con los tiempos, los ratones consiguieron encontrar más queso. Lo encontraron con más rapidez que en el pasado. ¡La Biblia del Queso tenía razón! Tenían queso... más queso, y con más rapidez que nunca antes. Las cosas no llegan a ir mucho mejor si eres un ratón.

Por eso, los ratones ya no cuestionaban por qué el queso desaparecía. Todos estaban de acuerdo en que esas preguntas no tienen res-

puesta. No trataban de idear planes para tratar de evitar que el queso desapareciera. Sólo un tonto pensaría que es posible controlar el destino. Sobre todo, nunca volvieron a hacer esa pregunta tan poco razonable: «¿Quién se ha llevado mi queso?»

Ahora la vida era más sencilla. Todo se reducía a una ecuación muy simple:

Quieres queso
+
El queso ya no está aquí
=
Ve a otro sitio a buscar el queso.

Bien mirado, para un ratón en un laberinto, el queso es lo único que de verdad importa.

Pero...

Bueno... también había uno que se llamaba Max.

Y Max era totalmente diferente.